

Literatura, progreso y naturaleza en la obra de Miguel Delibes: una mirada ecofeminista de *Parábola del naufrago*

Literature, progress, and nature in the work of Miguel Delibes: an ecofeminist view of *Parábola del naufrago*

EVA FRANCISCA NAVARRO MARTINEZ; ANTONELLA DE SENA¹
Universidad de Valladolid; Università degli Studi di Napoli “L’Orientale”
eva.navarro@uva.es; a.desena1@unior.it

ORCID EVA FRANCISCA NAVARRO: <https://orcid.org/0000-0003-0944-3679>

ORCID ANTONELLA DE SENA: <https://orcid.org/0009-0000-3973-5483>

Recibido/Received: 27/09/2024. Aceptado/Accepted: 20/11/2024.

Cómo citar/How to cite: Navarro Martínez, Eva Francisca y Sena, Antonella de, “Literatura, progreso y naturaleza en la obra de Miguel Delibes: una mirada ecofeminista de *Parábola del naufrago*”, *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, 22 (2024): 345-376. DOI: <https://doi.org/10.24197/sxxi.22.2024.345-376>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

Resumen: Este artículo analiza, desde una perspectiva ecocrítica y ecofeminista, la novela *Parábola del naufrago* (1969), de Miguel Delibes, a la luz de su obra *Un mundo que agoniza* (1979): su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1975 sobre el impacto social y ambiental del progreso descontrolado y su amenaza para la vida. Este tema, poco usual en la academia, se puede situar en el contexto internacional de la preocupación por el deterioro natural y una incipiente conciencia ecologista surgidas en muchos ámbitos en esta década del siglo XX.

Son muchos los estudios que se han hecho eco de la defensa de la naturaleza en la obra de Delibes, pero en este artículo añadimos una mirada ecofeminista al análisis de su obra, a partir de autoras que abordan, como el autor, de manera muy crítica la noción moderna de progreso y sus desastrosas consecuencias. Este enfoque no solo nos ofrece hallazgos novedosos e interesantes en los textos, sino que también sitúa a su autor en el amplio contexto de una ética medioambiental internacional y multidisciplinar.

¹ La redacción del presente artículo y la investigación en que se basa, en todas sus fases y partes, son fruto de la estrecha y equilibrada colaboración entre ambas autoras. Solo a efectos académicos, la autoría se disgrega como sigue: Eva Francisca Navarro Martínez los párrafos: 1, 2, 3.1 y conclusiones; Antonella De Sena los párrafos: introducción, 2, 3, 3.2, 3.3. La bibliografía es común.

Palabras clave: Ecocrítica; Ecofeminismo; Miguel Delibes; Progreso y explotación de la naturaleza; Tecnología y deshumanización.

Abstract: This article analyses, from an ecocritical and ecofeminist perspective, the novel *Parábola del naufrago* (*Parable of the Shipwrecked Man*) (1969), by Miguel Delibes, in light of his work *Un mundo que agoniza* (1979): his speech at the Royal Spanish Academy in 1975 on the social and environmental impact of uncontrolled progress and its threat to life. This topic, unusual in the academy, can be placed in the international context of concern for natural deterioration and an incipient ecological awareness that emerged in many areas in this decade of the twentieth century.

There are many studies that have echoed the defense of nature in Delibes' work, but in this article we add an ecofeminist perspective to the analysis of his work, based on authors who approach, like the author, in a very critical way the modern notion of progress and its disastrous consequences. This approach not only offers us novel and interesting findings in the texts, but also places its author in the broader context of an international and multidisciplinary environmental ethics.

Keywords: Ecocriticism; Ecofeminism; Miguel Delibes; Progress and exploitation of nature; Technology and dehumanization.

Sumario: Introducción: 1. Ecocrítica y ecofeminismo; 2. El ecologismo de Miguel Delibes; 3. Un análisis ecocrítico y ecofeminista de la novela *Parábola del naufrago*; 3.1. El personaje de Jacinto frente a Don Abdón; 3.2. La importancia del lenguaje; 3.3 La representación de la Naturaleza; Conclusiones.

Summary: Introduction: 1. Ecocriticism and ecofeminism; 2. Miguel Delibes' ecologism; 3. An ecocritical and ecofeminist analysis of the novel *Parábola del naufrago*; 3.1. The character of Jacinto versus Don Abdón; 3.2. The importance of language; 3.3. The representation of Nature; Conclusions.

INTRODUCCIÓN

En la década de 1970 se observó un notable incremento en la conciencia y en la acción activista en favor del medio ambiente, impulsado principalmente por la creciente preocupación por la contaminación, la deforestación y otros problemas ambientales. El informe “Los límites del crecimiento” del Club de Roma, publicado en 1972, fue un precursor al advertir sobre las limitaciones del crecimiento económico y sus consecuencias negativas en un planeta con recursos limitados. Simultáneamente surgieron los primeros movimientos ecologistas como *Greenpeace* (fundado en 1971), que llevaban a cabo protestas y acciones directas en defensa del medio ambiente y los animales, así como *Amigos de la Tierra* (1979), enfocados en la conservación y la educación ambiental.

En el ámbito académico, empezó a surgir una corriente que más adelante se consolidaría con el término “ecocrítica”, demostrando cómo la preocupación por el impacto humano en la naturaleza estaba cobrando importancia en todos los ámbitos, también en el literario. La ecocrítica se erige como una disciplina que explora las interconexiones entre la literatura, la cultura y el medio ambiente, enfatizando la representación de la naturaleza y las implicaciones éticas y políticas de estas representaciones. Autores y teóricos como Lawrence Buell y Glen A. Love fueron pioneros en definir esta corriente, destacando la necesidad de reconsiderar las narrativas literarias a través de un prisma ecológico.

Participando de esta conciencia ecologista aparecen también algunos textos importantes (aunque obviados por la propia academia), que introducen esta preocupación ambiental desde una perspectiva feminista. Algunos son, por ejemplo, *Silent Spring*, de Rachel Carson, ya en 1962 o el ensayo *Le Féminisme ou la mort*, de Françoise D’Eauboune en 1974, que daría nombre a un movimiento y una línea de pensamiento que ha crecido en las últimas décadas. Más tarde aparecerían obras como el clásico *Ecofeminismo* de María Mies y Vandana Shiva (2014, publicado originalmente en 1993) y, en el ámbito hispano, el ensayo *Ecofeminismo para otro mundo posible* de Alicia Puleo (2011).

En el panorama de la literatura española, sobresale la obra del autor vallisoletano Miguel Delibes, cuya escritura está profundamente arraigada a la naturaleza y a la vida rural (Rodríguez Elcorobarrutia, 2020: 37). A lo largo de sus novelas, desde *La Sombra del ciprés es alargada* (1947) pasando por *El Camino* (1950), *Diario de un cazador* (1955), *Diario de un emigrante* (1958), *Las Ratas* (1962), hasta otras posteriores como *Parábola del naufrago* (1969), *El disputado voto del Señor Cayo* (1978) o más recientes como *La tierra herida: ¿qué mundo heredarán nuestros hijos?* (2005), escrita en colaboración con su hijo Miguel Delibes de Castro, Delibes explora la relación entre el ser humano y la naturaleza, examinando las tensiones entre modernidad y tradición, progreso y conservación. A través de la narración, el autor aborda temas como la soledad, la falta de oportunidades y la injusticia social, destacando la importancia de la naturaleza y la sencillez de la vida en comunidad. Las historias revelan la pérdida de valores, la codicia y la frivolidad que caracterizan a la sociedad moderna, mostrando cómo el progreso puede alienar a las personas y alejarlas de su verdadera humanidad. En medio de este panorama, la importancia de la amistad, el amor y la compasión

emergen como valores que superan la superficialidad y el vacío del mundo contemporáneo.

Diversas obras críticas ahondan en la inquietud de Delibes por la interacción entre la naturaleza y el progreso, resaltando su denuncia a la sociedad consumista y su devoción por la vida campestre. Entre estas destacan *La idea de progreso en la novela de Miguel Delibes* (1997) de Antonio José Alcalá Vique, *Miguel Delibes y su crítica al progreso* (2014) de Violeta Cárdenas, *Naturaleza y ruralismos en Delibes* de Luciano López Gutiérrez (2020), hasta llegar a la más reciente *Miguel Delibes desde la Ecocrítica: Naturaleza y ser humano en su obra narrativa y ensayística* (2021) de Alberto Rodríguez Elcorobarrutia. Todos estos estudios críticos ponen de relieve la estética de la marginación y la crítica al progreso de las novelas de Delibes, a través de personajes humildes que viven en entornos rurales y se enfrentan a penurias y sufrimientos.

Sin embargo, hasta el momento, no hemos encontrado ningún estudio que aborde la obra de Miguel Delibes desde una perspectiva ecofeminista. Por esta razón, este artículo tiene como finalidad contribuir a llenar ese vacío en el análisis de la obra delibeana. Analizaremos la novela *Parábola de un naufrago* a través de un enfoque ecofeminista, partiendo, a su vez, del pensamiento ecologista de Delibes y del contexto histórico en el que fue escrita.

1. ECOCRÍTICA Y ECOFEMINISMO

Entre los pensamientos que, a partir del siglo XX, han cuestionado la idea de progreso y han establecido una relación interdisciplinar entre la filosofía, la literatura, la cultura y el medio ambiente con los contextos políticos y económicos, se encuentran la Ecocrítica y el Ecofeminismo.

La Ecocrítica, como hemos anunciado, es un campo interdisciplinar, fiel a la premisa ecológica de que todo está interconectado, y a la certeza de que es imposible desvincular la calidad estética de una obra de su contexto (socio-económico, político y también ecológico). A través de los estudios literarios, la ecocrítica pretende acercarnos a la tierra y enseñarnos cómo mejorar nuestra relación con el medio ambiente.

La primera definición de ecocrítica es formulada por Cheryll Glotfelty en la introducción a *The Ecocriticism Reader* (1996), como “el estudio de la relación entre la literatura y el entorno físico, con un enfoque centrado en la tierra” (xviii). La ecocrítica nació con la intención de incorporar las cuestiones medioambientales en la crítica literaria, cuestionando el papel

y la función de los textos y la literatura en la formulación de una ética ambiental. Uno de los principales objetivos de la ecocrítica es seleccionar las obras que mejor puedan promover la reflexión y la conciencia sobre el tema del medio ambiente y sus interrelaciones con la cultura, la sociedad y el individuo.

La ecocrítica, por tanto, observa las imágenes de la naturaleza y del entorno representadas en el texto, no como un telón de fondo sobre el cual los seres humanos actúan, sino como un personaje más que se interrelaciona con otros seres. La ecocrítica también busca la sabiduría ecológica de un texto (o su ausencia) y analiza las implicaciones y las actitudes alternativas que puede plantear un autor. También enfatiza el entorno y lo “más-que-humano que nos condiciona” (Flys, 2015: 311). En este sentido, el enfoque no es antropocéntrico, sino más bien eco-céntrico.

El ecofeminismo, cuya influencia se ha reconocido en un sector de la ecocrítica, es una filosofía y una práctica feminista que nace de la convicción de que nuestro sistema, patriarcal-capitalista, “se ha constituido y se mantiene por medio de la subordinación de las mujeres, de la colonización de los pueblos y de sus tierras, y de la naturaleza, la cual está destruyendo poco a poco” (Shiva y Mies, 1997: 9). Este movimiento pone de manifiesto que ni la ciencia ni la tecnología son neutras respecto al género, que los procesos de “modernización”, “desarrollo” y “progreso” son los causantes del deterioro del mundo actual, que sus consecuencias son peores para las mujeres que para los hombres, y que son éstas las primeras en todas partes en protestar contra la destrucción del medio ambiente (Shiva y Mies, 1997).

El término ecofeminismo fue acuñado por Francoise D’Eauboune en 1974 en su libro *Le Féminisme ou la mort*, donde la autora exponía una profunda relación entre la sobrepoblación, la devastación de la naturaleza y la dominación masculina, manteniendo que era preciso cuestionar la relación entre los sexos para salir de la espiral destructiva social y ambiental en la que estaba sumido el sistema capitalista. Para ella, el control del propio cuerpo suponía el comienzo del camino no consumista, ecologista y feminista. Este primer ecofeminismo fue denostado en Francia, pero sí tuvo cierto interés en Norteamérica y en Australia (Herrero, 2015), lo cual hizo que se extendieran sus postulados para el posterior desarrollo del movimiento.

La filosofía feminista y el ecofeminismo han incidido en cómo el pensamiento patriarcal ha organizado el mundo y la razón occidental en dualismos jerárquicos como cultura/naturaleza y masculino/femenino,

razón/emoción, progreso/naturaleza... (Amorós, 1991; Plumwood, 1993), por lo que comprender la cultura como superación de la naturaleza justifica ideológicamente su dominio y explotación. La primacía de lo masculino (razón, independencia, mente) legitima que los hombres dominen el mundo físico, relegando a las mujeres, al cuerpo y a las emociones inestables, asociando este conjunto con la naturaleza. A la luz de esta lógica, mujeres y naturaleza han compartido destinos similares bajo la cultura patriarcal y mercantil capitalista, enfrentando invisibilidad, desprecio y explotación (Pascual y Herrero, 2010).

La civilización moderna se basa en una cosmología y una antropología que establece una dicotomía estructural en la realidad, y opone mutuamente las dos partes de forma jerárquica: una que siempre se considera superior, que siempre prospera y progresa a expensa de la otra. Así, la naturaleza se subordina al hombre; la mujer al hombre; el consumo a la producción y lo local a lo global, y así sucesivamente (Mies & Shiva, 1993: 5).

En este contexto, el ecofeminismo explora las sinergias entre ecologismo y feminismo, compartiendo y potenciando las riquezas conceptuales y políticas de ambos y profundizando en el análisis de sus problemas. Pretende así avanzar hacia la defensa de la naturaleza abordando la estrecha relación entre el patriarcado y la destrucción del planeta. Los ecofeminismos (pues es un pensamiento y una práctica plural) plantean que la sostenibilidad de la vida requiere superar estas relaciones de dominio, reformulando las dicotomías culturales como complementarias para una convivencia respetuosa (Herrero, 2015).

Más recientemente, Alicia Puleo define el ecofeminismo crítico como:

Un pensamiento crítico que reivindique la igualdad, contribuya a la autonomía de las mujeres, acepte con suma precaución los beneficios de la ciencia y la técnica, fomente la universalización de los valores de la ética del cuidado hacia los humanos, los animales y el resto de la Naturaleza, aprenda de la interculturalidad y afirme la unidad y continuidad de la Naturaleza desde el conocimiento evolucionista y el sentimiento de compasión (2018: 403-404).

Para comprender las relaciones entre los organismos entre sí y con la naturaleza, los ecofeminismos destacan dos conceptos cruciales: la *ecodependencia* (porque obtenemos los recursos necesarios para la vida de la naturaleza, de la que formamos parte) y la *interdependencia* (de las

relaciones y cuidados de otras personas). De este modo se resalta la importancia del trabajo de cuidados y se critica la economía convencional, que ignora estas dependencias, defendiendo que la crisis ecológica es también una crisis de relaciones sociales (Herrero, 2015). El ecofeminismo propone reconocer el inmenso valor de la empatía y el cuidado atento, enseñando estas cualidades desde la infancia también a los varones. Señala que es crucial aplicar estas actitudes no solo entre los seres humanos, sino también hacia los animales, que sufren explotación y exterminio sin precedentes, y hacia la Tierra en su conjunto (Puleo, 2017).

Una de las mayores referentes de la llamada ecosofía, la filósofa y activista australiana Val Plumwood, ya había denunciado esa opresión y daba un paso más, articulando una ética interespecies y defendiendo que debemos emplear una metodología dialógica, recíproca, que implica el considerar al otro como potencialmente comunicativo y como “sujeto-no objeto” (2002: 190). Algunas de las estrategias que propone son: reconocer la continuidad entre lo humano lo no-humano para derribar las barreras creadas por la dicotomía excluyente humano/naturaleza; reconstruir la identidad humana reconociendo nuestra animalidad o reconocer la complejidad del otro y nuestras limitaciones en su conocimiento (2002: 194). En *Feminismo y la dominación de la naturaleza* (1993), Plumwood ya había expuesto la tesis de que la cultura occidental trata la relación humano-naturaleza como un dualismo, lo cual explica muchos de los problemas en el tratamiento a la naturaleza que han conducido a la crisis ambiental, en especial, la construcción de la identidad humana como algo exterior a la naturaleza. En esta estela el ecofeminismo de las últimas décadas ha trabajado en el desarrollo y la defensa de una ética animal (Velasco, 2017; Lorenzo-Modia, 2023).

El ecofeminismo, desde su origen, en definitiva, ha cuestionado aspectos básicos que conforman nuestro imaginario colectivo: modernidad, razón, ciencia, productividad, tal y como han sido entendidos por el progreso occidental, capitalista y patriarcal, que según Vandana Shiva, han mostrado su incapacidad para conducir a los pueblos a una vida digna, como lo demuestran el horizonte de guerras, el deterioro de la naturaleza, la desigualdad, o la explotación de algunos colectivos sociales (Mies y Shiva, 1997). Por eso, desde sus variadas propuestas teóricas, propone un paradigma basado en la interdependencia e interconexión que existe entre todos los seres y la naturaleza, reformulando las dicotomías reduccionistas de nuestra cultura occidental, no en términos de opuestos

sino de complementariedad, para construir una convivencia más respetuosa y libre.

2. EL ECOLOGISMO DE MIGUEL DELIBES

El ferviente amor de Delibes por el universo natural y su denodada defensa de la biodiversidad hicieron que se le reconociera como “el primer escritor ecologista de España” (Paredes y McLean, 2000: 8). Numerosos análisis críticos han explorado la representación de la naturaleza en la obra de Delibes. Edgar Pauk, por ejemplo, en su texto, ha escudriñado el significado de la naturaleza para el autor, desde su función como armonizadora de la humanidad hasta su percepción como hostil al hombre. Agnés Gullón, en *La novela experimental de Miguel Delibes* (1980), ha resaltado la importancia que el autor otorgaba al mundo natural, conectando esta valoración con términos asociados a la vida rural. De esta manera, Delibes buscaba demostrar que la preservación del medio ambiente está estrechamente ligada a la presencia de un vocabulario que exalte la belleza y la existencia de la naturaleza.

Además, Chaohui Chen, en su artículo *El destino y el camino: un análisis comparativo de la naturaleza/el mundo rural en las novelas de Miguel Delibes y Mo Yan* (2021), ha destacado la importancia del paisaje castellano en la obra de Delibes, subrayando el valor de Castilla para el autor y cómo se refleja en la mayoría de sus narraciones. Por otro lado, Salvador Calvo Muñoz ha explorado en su trabajo *Caza y Literatura. Miguel Delibes, escritor cinegetico* (2017), el papel crucial que la caza ha desempeñado en la vida de Delibes, considerada por él como un medio para sumergirse en la naturaleza y alejarse del tumulto de la vida urbana. Para el autor, restablecer la conexión con los instintos a través de la caza ofrecía la posibilidad de emanciparse de la tiranía de la racionalidad y el progreso, permitiendo al hombre contemplar el sentido de la vida de una forma más auténtica.

En 1975, tras haber seguido de cerca las discusiones del Club de Roma acerca del calentamiento global, así como las propuestas para frenar el crecimiento en los países desarrollados y fomentar el retorno a los pueblos abandonados, Miguel Delibes eligió como tema de su discurso de ingreso en la Real Academia Española el progreso y su amenaza para la naturaleza. Este discurso, titulado *El sentido del progreso desde mi obra*, fue posteriormente publicado bajo el nombre de *Un mundo que agoniza* (1979). Una elección temática muy original para tal evento, pero sin duda

una elección muy coherente con su compromiso con la defensa del medio ambiente. De hecho, para justificar su elección, declaró:

¿Por qué no traer a la Academia una de las preocupaciones fundamentales, si no la principal, que ha inspirado desde hace cinco lustros mi carrera de escritor? ¿No es mi concepto del progreso algo que está en palmaria contradicción con lo que viene entendiéndose por progreso en el mundo de nuestros días? ¿Por qué no aprovechar este acceso a tan alto auditorio para unir mi voz a la protesta contra la brutal agresión a la Naturaleza que las sociedades llamadas civilizadas vienen perpetrando mediante una tecnología desbridada? (Delibes, 1975: 12)

El discurso de ingreso en la RAE ocupa, sin duda, un lugar primordial, tanto que ha sido considerado como “la primera muestra crítica española en que se fundamenta la interpretación novelística de un autor en el pensamiento ecologista” (Marrero Henríquez, 2010: 208). En el prólogo de la publicación realizada por la Academia en 2013 se destaca: “Impresiona considerar que las siguientes páginas de Delibes fueron escritas hace treinta y ocho años” (9). Recientemente, Fermín Herrero señala en la introducción a la última versión de *Un mundo que agoniza*:

Aunque el discurso [...] va para medio siglo, parece que hubiese sido escrito ayer. Es más, creo que si hubiera releído el libro en vez de tanto en tanto, aleatoriamente, de década en década, estoy seguro de que en todas las ocasiones, progresivamente, le habría ido encontrando mayores y nuevos aciertos, como me ha sucedido ahora (2021: 9).

Dos temas entrelazados atraviesan todo el discurso: la protesta contra la devastación despiadada de la naturaleza en nombre del avance tecnológico de la sociedad moderna, y la oposición directa a este progreso que no solo destruye el entorno natural, sino que también deshumaniza al ser humano. En la primera parte se presenta una explicación detallada del progreso moderno: sus mecanismos y sus consecuencias tanto para la sociedad como para el individuo. En la segunda parte, el autor realiza un análisis minucioso de cómo este tipo de progreso lleva a la destrucción de la naturaleza y, con ello, a la aniquilación del ser humano. La idea de progreso en Delibes difiere radicalmente de la concepción convencional basada en el crecimiento sin límites a través de la tecnología, la urbanización y el capitalismo. Según el autor, este enfoque carece de valores humanos como la moral y la razón, lo cual resulta irracional en un

mundo con recursos limitados. Delibes critica un modelo centrado en el hedonismo y la indiferencia hacia los demás, abogando en cambio por un progreso que incluya la racionalización de la tecnología, el acceso equitativo a lo necesario para toda la comunidad, la revalorización de los principios humanos y la armonía en las relaciones entre el ser humano y la naturaleza:

El verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en sostener a un tercio de la Humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia (1979: 25).

Su visión va más allá del simple conservacionismo medioambiental y la preservación de los recursos naturales, situando al ser humano en el centro. Trata de conciliar la protección del medio ambiente con el progreso humano en sentido amplio, incluyendo no sólo el desarrollo tecnológico sino también los valores tradicionales. Respecto a la naturaleza, afirma que:

Toda pretensión de mudar la Naturaleza es desnaturalizarla, hacerla regresar. En la Naturaleza, apenas cabe el progreso. Todo cuanto sea conservar el medio es progresar; todo lo que signifique alterarlo esencialmente, es retroceder (1979: 12).

En cuanto a la tecnología, no propone renunciar a ella, sino controlarla y orientarla hacia las necesidades humanas, evitando convertirla en un fin en sí misma (1979: 13). Sin embargo, Delibes destaca que el hombre moderno ha dado prioridad a la técnica sobre el humanismo, convirtiendo el progreso en una batalla donde triunfa y prospera el más fuerte, el más astuto y el más despiadado. De esta manera, la técnica se convierte en una herramienta no solo para obtener riqueza, sino para ejercer dominio sobre los demás. Mientras la competencia entre los hombres se intensifica, a nivel internacional surge un conflicto de hegemonía que ya no se resuelve fabricando más armas, sino buscando un arma capaz de destruir al enemigo –junto con la humanidad entera– en cuestión de segundos: “La cuestión de la supremacía no se establece ya en términos de prevalencia sino de aniquilamiento” (1979: 56).

Para Delibes, en su búsqueda frenética de la riqueza material e impulsado por el consumo excesivo y desenfrenado de bienes materiales y aspiraciones, el ser humano se convierte en víctima del progreso. En este fervor, agota y destruye indiscriminadamente todas las fuentes de riqueza y recursos disponibles para alcanzar el objetivo deseado en cada momento. En este sentido, Delibes anticipa todos los problemas ecológicos a los que nos enfrentamos actualmente, como la pesca, la deforestación, el uso de combustibles fósiles, la dispersión de grandes cantidades de petróleo, la acidificación de los océanos y el uso de pesticidas, atribuyendo a todo ello una única explicación: “la humanidad elimina todo lo que momentáneamente no le es necesario para sobrevivir” (1979: 110), sin pensar en las consecuencias que tales acciones tendrán en el futuro. Para ello, alude a las tesis de publicaciones recientes, entre otras las de la naturalista Rachel Carson (1962), -referente del ecofeminismo y a la que, por cierto, se refiere como “esa señora”- y su postulado sobre la relación entre la desaparición de especies animales y el creciente uso de pesticidas. Delibes, participa de esa incipiente preocupación de las décadas de los sesenta y setenta del pasado siglo, y también ve las relaciones entre el rápido deterioro medioambiental y su relación con el capitalismo de consumo, las crisis humanitarias, el crecimiento de la industria armamentística y la explotación desmedida de recursos y personas con fines económicos.

Delibes propone como solución la armonía entre el ser humano y la naturaleza, tema recurrente en muchas de sus novelas como *El Camino*, los *Diarios*, *Las Ratas*, *El disputado voto del señor Cayo*, donde los protagonistas viven en perfecta comunión con su entorno y se rebelan ante un progreso que ha sacrificado la naturaleza en aras de la tecnología, donde “la máquina ha venido a calentar el estómago del hombre pero ha enfriado su corazón” (1979: 16). Esto no implica un rechazo total a la tecnología, sino a su uso como obstáculo que separa a los seres humanos entre sí y de la naturaleza.

Además, la destrucción de la naturaleza no es sólo física, sino que va unida a la destrucción de su significado para la mayoría de las personas, por lo que afirma:

Al hombre, ciertamente, se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en que transcurra su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante (1979: 151).

Su compromiso con la conservación del lenguaje parece ser un medio de preservar la biodiversidad y la humanidad:

Me temo que muchas de mis propias palabras, de las palabras que yo utilizo en mis novelas de ambiente rural, como por ejemplo aricar, agostero, escardar, celemín, soldada, helada negra, alcor, por no citar mas que unas cuantas, van a necesitar muy pronto de notas aclaratorias como si estuviesen escritas en un idioma arcaico o esotérico, cuando simplemente han tratado de traslucir la vida de la Naturaleza y de los hombres que en ella viven y designar al paisaje, a los animales y a las plantas por sus nombres auténticos (1979: 154).

Para Delibes, el ser humano (nuestro autor siempre utiliza el sustantivo genérico “hombre”) tiene sus raíces en la naturaleza y, al privarle de ella con la llegada de la tecnología, se aparta de su verdadera esencia. Delibes, frente a quienes denigran la vida en el campo y alaban la vida en las urbes, rechaza un progreso que corrompe las ciudades y conduce al abandono del campo. Este concepto se pone claramente de relieve en la novela *El Camino*, donde el joven Daniel, conocido como el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de su pequeño pueblo para integrarse en la gran ciudad. Daniel, de hecho, “renunciaba a convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional” (1979: 21).

En su discurso, el autor vallisoletano se pregunta: “¿qué será de un paisaje sin hombres que en él habiten de continuo y que son los que le confieren realidad y sentido?” (1979: 155). Y este apego al paisaje se manifiesta en numerosas ocasiones, en las que los personajes de Delibes, como el tío Ratero y Nini en *Las Ratas*, muestran una forma de pensar y de hacer acorde con la vida que han elegido vivir. Cuando se les presenta la oportunidad de progresar, de hacer cambios que supuestamente beneficiarían su bienestar, se esfuerzan por mantenerse fieles a sí mismos. Se puede citar el caso en que Doña Resu intenta convencer a Nini de que vaya a la escuela. Repetidamente se encuentra con el rechazo: “— ¿Y no te gustaría a ti cuando seas grande tener un auto como el de don Antero? / —No —dijo el niño. — [...] tú podrías ser un señor a poco que pusieras de tu parte / —¿Quién le dijo que yo quisiera ser un señor, doña Resu?” (2004: 87).

Sin embargo, el personaje que mejor representa esta forma ascética de vivir en la obra de Delibes es el señor Cayo, de la novela *El disputado voto del señor Cayo*. Él encarna la virtud en su vida austera y campestre, una elección consciente que no lo hace perder los valores más importantes de la civilización, sino todo lo contrario. En contraste con la cultura urbana de Víctor, Rafa y Laly, Delibes elogia la cultura rural personificada por el señor Cayo. Los jóvenes, con actitudes de superioridad urbana, intentan “salvarlo” de su supuesta pobreza y forma de vida intolerable (2003: 139). Sin embargo, descubren que el señor Cayo vive feliz, en paz y sin las necesidades que ellos le atribuyen. Su única pena es la despoblación de su entorno, donde encuentra plenitud. Con el tiempo, Víctor comprende la ironía de su viaje: no son ellos quienes deben enseñar o salvar a los aldeanos, sino que son ellos quienes pueden aprender del señor Cayo el camino hacia la virtud.

Los personajes de Delibes se resisten a la masificación y, cuando se les presenta el dualismo tecnología-naturaleza, optan por esta última como única oportunidad de preservar el humanismo. De hecho, una constante entre sus personajes es el retorno a sus orígenes, especialmente en momentos de crisis: Pedro, el protagonista de *La sombra del ciprés es alargada*, se refugia en el mar; Sebastián, en *Aún es de día*, se escapa al campo para poner en orden sus pensamientos; Sisi, el hijo de Cecilio Rubes, encuentra el sentido de la vida en la naturaleza; y Lorenzo, en *Diario de un cazador*, describe la belleza del campo lejos de su tierra.

Como ya se ha mencionado, el lenguaje desempeña un papel central en las obras de Delibes. Sus personajes hablan poco, prefiriendo la contemplación a la locuacidad, ya que son escépticos ante un lenguaje que se ha degradado hasta el punto de ser inútil para comunicarse eficazmente. El tío Ratero se expresa por monosílabos, y Menchu en un soliloquio:

Ellos declinan un progreso mecanizado y frío, es cierto, pero, simultáneamente, este progreso los rechaza a ellos, porque un progreso competitivo, donde impera la ley del más fuerte, dejará ineluctablemente en la cuneta, a los viejos, los analfabetos, los tarados y los débiles (1979: 163).

Participando de esa incipiente concienciación ambiental internacional de los años 70, Delibes hace un llamamiento a la preservación de la naturaleza y a la integridad del ser humano. Su mensaje sobre la necesidad de ampliar la conciencia moral universal es aún más relevante hoy en día, en un mundo donde el dinero y los intereses políticos a menudo eclipsan

la importancia de cuidar nuestro planeta y a nosotros mismos. Es un recordatorio de que debemos actuar de manera ética y responsable para proteger el medio ambiente y garantizar un futuro sostenible para las generaciones venideras:

A mi juicio, el primer paso para cambiar la actual tendencia del desarrollo, y, en consecuencia, de preservar la integridad del Hombre y de la Naturaleza, radica en ensanchar la conciencia moral universal. Esta conciencia moral Universal, fue, por encima del dinero y de los intereses políticos, la que detuvo la intervención americana en el Vietnam y la que viene exigiendo juego limpio en no pocos lugares de la Tierra (1979: 164).

3. UN ANÁLISIS ECOCRÍTICO Y ECOFEMINISTA DE LA NOVELA *PARÁBOLA DEL NÁUFRAGO*

En esta obra distópica, que ha sido vista cómo “una parábola de la postmodernidad” (Fernández Bernárdez, 1992), Delibes explora dos temas centrales, por un lado, la priorización de la tecnología sobre la naturaleza y lo humano, que transforma el progreso en una competición en la que prevalecen y prosperan los más fuertes, y por otro, la devastadora explotación de la naturaleza en nombre del avance tecnológico en la sociedad contemporánea. *Parábola del naufrago* (1969), fue definida por el propio autor como un relato en el que:

el poder del dinero y la organización -quintaesencia de este progreso- termina por convertir en borrego a un hombre sensible, mientras la Naturaleza mancillada, harta de servir de campo de experiencias a la química y la mecánica, se alza contra el hombre en abierta hostilidad (1979: 22).

La ciudad en la que viven los personajes de la novela está controlada por un ser sobrenatural llamado don Abdón, que dicta una serie de normas de conducta que no son cuestionadas por nadie. Se trata de una sociedad totalitaria en la que “don Abdón es el padre más madre de todos los padres” y “el orden es libertad” (Fernández Bernárdez, 1992: 150).

La crítica de Delibes hacia el progreso se convierte en el eje central de toda la novela, mostrando una sociedad en la que el individuo se encuentra alienado de su trabajo, sin sentido de reflexión, libertad y creatividad. Como él mismo señala, la sociedad capitalista y consumista emplea diversos medios para ejercer su dominación sobre las masas, como:

La difusión de eslóganes, la eliminación de la crítica y la publicidad subliminal están moldeando el cerebro de millones de espectadores que, persuadidos de la bondad de un sistema, o simplemente fatigados, pero, en todo caso, incapacitados para pensar por su cuenta, terminan por hacer dejación de sus deberes cívicos (1979: 60).

En la novela que analizamos, una empresa editorial liderada por don Abdón impone tres leyes a sus empleados: la deuda perpetua hacia él, la limitación del dinero disponible para cada individuo y la prohibición de hacer preguntas, ya que don Abdón premia por sumar, no por cuestionar (1979: 64). Los medios que utiliza don Abdón para mantener su dominio son similares a los mencionados por Delibes: el uso de eslóganes (sin sentido) que los trabajadores deben repetir, como, por ejemplo, “SUMAR-ES-LA-MÁS-NO-BLE-AC-TI-VI-DAD-DEL-HOM-BRE-SO-BRE-LA-TIE-RRRA” (1979: 24); la prohibición de cuestionar sus órdenes: “Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción” (1979: 39), y el empleo de un lenguaje manipulador basado en fórmulas matemáticas y silogismos:

Don Abdón no enuncia estos postulados a humo de pajas, antes bien los razona, y en la última Navidad apuntaló su aserto en un proceso dialéctico irrefutable, vertebrado en cinco fases causalmente encadenadas (orden-trabajo, trabajo-eficacia, eficacia-rendimiento, rendimiento-poder adquisitivo y poder adquisitivo-libertad), para concluir patéticamente con lágrimas en los ojos (1979: 25).

El uso de estos métodos lleva a la adicción de los trabajadores, quienes terminan creyendo que el sistema liderado por don Abdón es beneficioso y que deben ser reverentes hacia él. De hecho, don Abdón es llamado “el padre más madre de todos los padres” y asegura que todo lo que hace es por el bien de sus empleados. La devoción al gran jefe es tal que nadie se atreve a cuestionarlo, agradeciéndole por el trabajo que les ha ofrecido y prefiriendo eso a ser reemplazados por máquinas: “No éramos nadie hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa [...] Gracias a don Abdón somos lo que somos” (1979: 29).

En esta línea Vandana Shiva escribe: “Las reformas económicas basadas en la idea del crecimiento ilimitado en un mundo limitado solo se

pueden mantener si los poderosos se apropian de los recursos de los vulnerables” (2014: 20).

Los empleados deben tener en cuenta que “no suman dólares, ni francos suizos, ni lingotes, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camión, [...] Ustedes suman sumandos, ¿me oye?, creo que la cosa está clara” (1979: 39), por lo tanto, aquellos que se atreven a preguntar por curiosidad la razón de sus funciones en la oficina son considerados enfermos y enviados al “Refugio de Recuperación”. Tal fue el caso de Genaro Martín, que fue “degradado” a Gen (1979: 34), un perro manso y leal a su amo, por atreverse a rebelarse y preguntar por qué no le aumentaban el sueldo para poder mejorar su alimentación y así enfermar menos (1979: 87). Esta situación ejemplifica cómo las masas se someten al poder al aceptar “el miedo como garantía de supervivencia” (Delibes, 1979: 66), como lo demuestran los comentarios de sus compañeros de trabajo, que elogian la generosidad de don Abdón en lugar de apoyar a Genaro: “Si es otro, le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad” (1979: 30).

La exclusión social del individuo, como consecuencia de un sistema de intereses, y el miedo que este genera, se originan a raíz de la opresión ejercida por don Abdón, quien simboliza el sistema capitalista en la década de 1960. Aquellos que disienten son castigados y marginados, reflejando “las relaciones sociales entre el individuo racional y el entorno capitalista, burocrático y tecnificado de nuestros días” (Serna, 2001: 514). El miedo es utilizado como mecanismo de control. De hecho, no es sorprendente que la novela comience con el epígrafe “Mi principal sentimiento es el miedo” (1979: 11), el cual afecta a los personajes, especialmente al protagonista, Jacinto San José.

3. 1. El personaje de Jacinto frente a Don Abdón

Jacinto San José se distingue de sus colegas al presentarse como un personaje revolucionario que no se conforma con ser parte de la masa y muestra su individualidad. Aunque su tarea es simplemente sumar ceros, siente repulsión al hacerlo. No comprende el propósito de sus acciones y reflexiona profundamente sobre el porqué de las cosas:

Jacinto es pacífico y bondadoso o a lo mejor es pusilánime (Jacinto), pero prefiere pasar por no-violento antes que por cobarde; el caso es que rehúye los enfrentamientos, aunque por otro lado no es amigo de reticencias

(Jacinto) y si una solicitud le parece justa no se retrae en apoyarla. Por lo general (Jacinto) procura defender al débil, aunque eso sí, sin poner demasiado ardor en el empeño, quizá por temor de que la cólera, la insolencia o la crueldad de los fuertes puedan volverse contra él (1979: 34).

A partir de este punto, Jacinto elabora su escala de valores y normas de conducta, que no son las impuestas por la empresa donde trabaja. Él sabe que debe defender su inteligencia y lo hace seleccionando sus propias preferencias, como renunciar a los beneficios que le ofrecen y elegir lo que más le apetece:

Y si don Abdón le paga para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y un plazo del televisor, y Darío Esteban afirma que dar menos es explotación y, más, una modalidad sutil de corrupción, bueno, aunque le digan eso (don Abdón y Darío Esteban), él (Jacinto) va y selecciona y se dice: “Ni televisor, ni fútbol; dos libros al mes, una hogaza para los pájaros del parque y una begonia, una sansiviera y un ficus en mi habitación” (1979: 113).

A pesar de sentir temor y aislamiento en ocasiones, Jacinto sigue fiel a sus principios y busca encontrar su lugar en un mundo que parece ajeno a él. Su deseo de incorporarse a la pasión y fervor de sus colegas es continuamente frustrado por la falta de conexión con sus intereses, lo que lo lleva a sentirse como en un desierto, alejado del mundo que lo rodea.

Es evidente que la sensación de soledad de Jacinto aumenta paulatinamente y él es consciente de ello:

Lo único no tener de quién echar mano, lo único, date cuenta, por lo demás, paciencia, ahora bien, [...] no te me vuelvas atrás, delegas y se acabó, como los demás, natural, lo que no se puede no se puede, que es mucho lujo ese de querer vivir contra corriente (1979: 119).

Ante esta opresión constante de su entorno, Jacinto se rebela porque durante su experiencia comprende claramente que el dilema al que se enfrenta no tiene solución: resistencia o sumisión. Aunque la opción más fácil y segura es someterse, la resistencia es inevitable para el protagonista. Mientras se enfrenta a su elección de resistencia, el personaje se enfrenta constantemente a sí mismo, o algo parecido a pensamientos en voz alta que, en el texto, aparecen en cursiva:

Eres un bicho raro, Jacinto, no digas que no, que a saber de qué nido te habrás caído tú, ya ves otros hombres a tu edad: casados y con un hogar que mantener. Sí, ya lo sé, a ver si crees que me chupo el dedo, Jacinto, figúrate si te conozco, menuda, lo que tienes es miedo, no disimules, miedo y nada más que miedo, y con tus reservas lo que quieres evitar es tener un hijo como tú (1979: 47).

Lo decisivo es que un sistema tan masificador, que anula la individualidad y la esencia humana, hace que quienes se oponen al sistema sean vistos como el problema, como si estuvieran equivocados, y por ello son excluidos de la sociedad en la que viven. Cuando Jacinto comienza a cuestionar la inutilidad de la institución en la que trabaja, se le considera enfermo y se le envía al Refugio de Recuperación nº 13, donde, sin saberlo, termina atrapándose a sí mismo. El híbrido americano que le dan para plantar crece desmesuradamente y pronto Jacinto se encuentra prisionero de su propio arbusto, sin posibilidad de escapar.

El resultado de esta rebeldía al intentar pensar con independencia e ir contracorriente conduce a la sensación de naufragio que se convierte en el sentimiento principal, en la experiencia humana a la que Jacinto tiene que enfrentarse. Varias imágenes parciales contribuyen a la metáfora del naufragio en que se ve inmerso Jacinto (Zabía Lasala, 1999: 41). Cuando el seto le rodea y se siente atrapado, lanzar botellas con mensajes al exterior se convierte en una forma de intentar superar su aislamiento y extrema soledad. Sin embargo, Jacinto se da cuenta de que “es inútil, se dice pronto, si alguien descubriera las botellas, descubriría también este seto descomunal y oiría mis voces” (1979: 193).

Llegados a este punto, a Jacinto solo le queda confesar la realidad de su situación, y reconoce que está sumido en la más total y absoluta impotencia. A pesar de sus intentos por comunicarse con el exterior, se da cuenta de que el mundo está sordo y ciego a su situación (194). La prueba final de su resistencia es muy clara: “Jacinto, te han suicidado” (1979: 227) y se pregunta quién es el responsable: “«Don Abdón me dio la semilla, Darío Esteban me ordenó sembrarla y yo la regué; ahora el seto me estrangula. Ningún juez hallará responsables», se dice” (1979: 227).

El “destierro” a la cabaña cumple, desde una mirada ecocrítica y ecofeminista, una doble función para él: si desde el punto de vista del sistema significa excluirlo, castigarlo y reprenderlo por su insumisión, también se convierte en un respiro para Jacinto y en un lugar donde literalmente, toma conciencia de su respiración, de su ser. El refugio y su

entorno es un lugar para el cuidado, de la naturaleza y de sí mismo; es también un lugar de interdependencia con otras especies, aunque predomine una idea utilitaria de ellas, como los pájaros mensajeros, y de ecoddependencia y relación recíproca con el paisaje que, por ejemplo, a través del eco le devuelve su propia voz y su nombre.

Como señala Pilar Celma Valero (2012), si el pozo, símbolo del abismo, le devuelve al protagonista su voz, su nombre, prolongado en la o final, y por tanto, se puede entender como un recordatorio de su problema con el cero, “símbolo a la vez del yo cercado por la nada”, al mismo tiempo, “el protagonista se encuentra bien en esa especie de *locus amenus*, hasta sentirse vivo, consciente incluso de su respiración, cosa que no le ocurría en la Casa” (Celma Valero, 2012).

En conclusión, a partir de una tesis sobre la domesticación y la obligación al conformismo por parte de los que detentan el poder y de una antítesis individual inconformista del explotado Jacinto, Delibes nos lleva a una doble interpretación de la metamorfosis que el personaje sufre al final. Por un lado, Jacinto se convierte en una oveja, símbolo de la domesticación y la alienación absolutas, como señala el propio Delibes y, completamente despojado de su humanidad, lo único que puede hacer es lanzar su lamento impotente en el valle de lágrimas que se divisa desde el refugio de recuperación nº 13: “Beeeeeeé” (1979: 235). Por otro lado, este miedo y la arraigada sumisión al sistema que posee cuando es humano, y que aún mantiene mientras se aleja saltando del refugio de recuperación (temeroso de que lo sigan), se mezcla con la creciente sensación de libertad y la progresiva liberación de preocupaciones, del deber de cumplir las reglas y del propio miedo a no hacerlo bien, que le otorga su nueva condición de “aborregado”, que se atisban ya en el refugio cuando está a punto de ser “penetrado” por el seto. Hay algo de miedo disipándose en ese “Beeeeeeé”. Por lo tanto, esta metamorfosis se presenta como una alegoría del aborregamiento que los sistemas políticos y económicos autoritarios imponen a la población. A la vez, puede interpretarse como un himno a la libertad de los animales y a la animalidad inherente en la naturaleza humana. Al adoptar enfoques ecocríticos y ecofeministas, que resaltan la interconexión y la ecoddependencia como esenciales para todos los seres vivos, no percibimos esta transformación como una “degradación” del pobre insecto atrapado y finalmente aniquilado, Gregorio Samsa, protagonista de *La Metamorfosis* de Kafka. En la descripción de esta transformación que ofrece Miguel Delibes, se vislumbran dos posturas en relación con la dicotomía entre lo humano y lo

natural. Por un lado, el autor pone de manifiesto su crítica hacia el progreso tecnocrático: según el sistema, descender en la jerarquía hasta el estado animal es una degradación, ya que se considera que los seres humanos deben adherirse a reglas absurdas, humillantes y restrictivas, las cuales son, en realidad, las verdaderas fuentes de degradación e infantilización de la ciudadanía. Por otro lado, para aquellos que han sido “degradados”, al menos mientras permiten que su nuevo estado les brinde alguna forma de disfrute, esta conversión puede representar una especie de liberación y un retorno a la esencia natural del ser humano a través de la transformación en otra especie. El propio Jacinto tampoco parece experimentar su metamorfosis desde la angustia, el dolor y la vergüenza que sí vemos en el personaje kafkiano, sino todo lo contrario:

Observa (jacinto), un poco sorprendido, pero sin perplejidad, las densas vedijas que le cuelgan del pecho y del vientre y aun de la parte superior de los muslos. También se mira sus partes, bien preservadas y notoriamente disminuidas. Pero todo ello lo ve desde fuera, como si fuese otro; no lo analiza, no le interesa (a jacinto). [...] Después, levanta la cabeza y ve la rama pendiente sobre el jergón, tentadoramente revestida y, a cuatro patas como está, brinca sobre el colchón y en unos segundos la deshoja (la rama), a mordiscos menudos pero calculados. Al concluir, jacinto, deliberadamente, en lugar de bajar del jergón, según humana costumbre, poniendo primero un pie en el suelo y luego el otro, se arroja de costado como una pelota, pero el vello que recubre su cuerpo es tan tupido que a jacinto se le hace que el pavimento muelle, le rebota (a él) y, entonces, vuelve al colchón y repite la caída y ríe (jacinto), más bien gorjea, y el juego le divierte tanto que durante una hora no hace otra cosa que darse de costaladas contra las baldosas (1979: 228-231).

Desde una perspectiva ecofeminista y ecocrítica, podemos interpretar este “castigo”, así como la metamorfosis que experimenta Jacinto, como un proceso de simbiosis progresiva con su entorno natural. Este proceso implica una liberación de opresiones y hábitos pasados, una disminución del miedo y, lo más significativo, un profundo encuentro consigo mismo. Jacinto toma conciencia de su existencia en el momento presente, descubriendo así su verdadero ser:

Jacinto ya ha olvidado el reconocimiento médico. Únicamente advierte el sol sobre él, la brisa serrana, el perfume del tomillo y del romero, una grata sensación al pisar [...]. Simplemente le imbuje la idea de que está vivo; de

que es. De pronto atisba en la vertiente opuesta el oasis de grama y, sin reflexionar, echa a correr ladera abajo. Según corre, oye un tintineo próximo y se detiene para verificar su procedencia, ante la sospecha de que le siguen; al comprobar que no [...] continúa triscando, cada vez más impaciente, y, a medida que corre, se da cuenta de que lo que pende de su cuello no es una medalla sino una esquila [...] le anima y le serena, y Jacinto se siente feliz de saber provocar aquel sonido. [...] así que, accede al islote de grama, se detiene, baja la cabeza al suelo, pero súbitamente recuerda a Darío Esteban y aunque babea [...] se reprime, trepa a un peñasco inmediato y desde lo alto le divisa [...] y quiere gritarle: «¡Eh! ¡Estoy aquí, Darío Esteban, no se preocupe, bajo enseguida!», quiere gritarle [...] y abre la boca, pero sólo grita: —¡Beeeeeeeeé! Y la vaguada repite: —¡Beeeeeeeeé! (1979: 234-235).

Es la naturaleza nuevamente quien le responde, con quien dialoga como otras veces en la novela (los pájaros, las plantas, el eco de la vaguada o el pozo...).

Frente a Jacinto, encontramos el personaje de Don Abdón, presentado como “padre-madre”, una suerte de ser híbrido (como el seto americano) en el que todo se conjuga y se mezcla dando como resultado una especie de “monstruo” neobarroco que conjuga la tecnocracia, claramente patriarcal, con la Madre naturaleza, representada a través de los pechos de Don Abdón. Este personaje recuerda no sólo a otros “padres” de distopías como *1984* (1949) o *The Handmaid’s Tale* (1985), o a dictadores reales, como Franco que aún gobernaba España en el tiempo en que está escrita esta novela, y que suelen presentarse como “padres de la patria”, sino también a los “padres-madres” de la tecnología destructiva, del armamento y la bomba atómica a los que hace referencia María Mies en *Ecofeminismo*:

Estaba claro que el daño causado por la lluvia radiactiva no podría eliminarse nunca de la Tierra. De modo que veíamos una relación entre la violencia contra las mujeres y los niños y la violencia contra la naturaleza. También considerábamos que la energía nuclear no tenía nada que ver con otras tecnologías modernas. Los hombres que trabajaban en el Proyecto Manhattan de Los Álamos no querían entender la naturaleza, eso es todo. Sabían lo que estaban haciendo. Brian Easley descubrió que se consideraban a sí mismos como «padres». La bomba era su «bebé», su hijo. [...] Tras el «éxito» del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima, se felicitaron unos a otros por el nacimiento de su «Niño Pequeño». Después de Nagasaki, ya fue un «Hombre Gordo». ¡Felicidades! Por tanto, Easley llamó a los inventores de la bomba atómica los «padres de la destrucción». Comprendimos al fin

que la ciencia moderna era efectivamente una «ocurrencia» de esos «padres de la destrucción» modernos. Para construir máquinas nuevas no necesitaban mujeres humanas como madres (2014: 29).

Don Abdón ejemplifica perfectamente a esos “padres de la destrucción”, que aunque temido y admirado por sus súbditos, es ridiculizado por Delibes a través de su aspecto físico, sus ocurrencias o al ataviarlo con su bikini de lunares o su comportamiento en la piscina.

Parábola de un naufrago ofrece una visión distópica de una realidad en la que los seres humanos han sido aislados de sí mismos, de los otros y de la naturaleza para poder ser mejor dominados. Esta obra presenta un panorama visionario de nuestro mundo actual, en el que a través de la tecnología digital, que se nos vende como beneficiosa para nuestro bienestar tal como en sistema “protector” de Don Abdón. Lo que nos dice Delibes es que este “bienestar” adormecedor y esta hiperprotección, que en realidad es coacción, no solo infantiliza a la ciudadanía (a la que se convierte en eternos “hijos”, súbditos, o consumidores) sino que esconde la opresión, a través del miedo y la manipulación, por parte de unas pocas élites.

3. 2. La importancia del lenguaje

La onomatopeya final de la novela cobra una importancia especial al analizar el papel central que el lenguaje juega en el texto de Delibes, quien siempre le ha dado gran valor en sus obras. Según Agnes Gullón, en esta novela el tema de renunciar al lenguaje como medio de comunicación es fundamental (1980: 69), ya que, en un mundo dominado por el miedo y la falta de solidaridad, sin libertad ni capacidad de comunicarse a través de las palabras, la mejor manera de evitar la comunicación entre los hombres es destruir el lenguaje y hacer que las palabras se vuelvan vacías y manipulables.

Desde las primeras palabras del texto nos sumergimos en un mundo desconocido que se nos escapa. Aquí, Delibes no busca escribir sobre la deshumanización del ser humano, sino que deshumaniza el lenguaje para que podamos sentir la deshumanización en un mundo burocrático donde el individuo carece de importancia.

El primer párrafo de la novela, como el objetivo de una cámara, usa la técnica del zoom para enfocarse en un imperio sin salida, donde incluso los signos ortográficos han sido alterados. Esta simple transformación de

un símbolo ortográfico en una palabra, aunque parezca no cambiar su esencia, en realidad destruye su función simbólica:

Tras la verja coma a la derecha de la cancela coma junto al alerce coma se hallaba la caseta de Genaro abrir paréntesis al que ahora llamaban Gen dos puntos Toma, Gen; ven, Gen! cerrar paréntesis coma como de muñecas coma blanca también coma el tejado de pizarra gris (1979: 14).

Un aspecto importante de la técnica narrativa de Delibes es la escasa presencia de diálogo, que en esta obra se limita a las conversaciones entre Jacinto y su médico. Esta carencia no parece ser casual, sino que añade un significado profundo a la falta de comunicación entre los personajes. El médico diagnostica a Jacinto una extraña enfermedad, basándose en el simple hecho de que confunde el número cero con la letra “o”. Este uso del lenguaje como forma de opresión es evidente, ya que el médico intenta convencer a Jacinto de que está enfermo por no poder distinguir entre dos símbolos similares gráficamente pero con significados diferentes según el contexto. Se establecen paralelismos que buscan confundir y destruir la comunicación humana, como se observa en el pasaje donde Jacinto admite que los ceros y la letra “o” son exactamente iguales:

¿En qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba? / Jacinto esboza una sonrisa amedrentada mientras compara y, luego, sin cesar de mirar al papel ni de sonreír, dice: —¿Sabe que tiene usted razón, doctor? Son exactamente iguales (1979: 61).

Además, la renuncia al lenguaje se manifiesta claramente en la voluntad de Jacinto de crear un nuevo idioma debido a la inutilidad del antiguo: “la palabra no sólo es voluble sino un instrumento de agresión” (1979: 87). El protagonista reflexiona sobre la historia de la Torre de Babel, viéndola como la mejor oportunidad para que los hombres puedan entenderse sin necesidad de palabras, evitando así la posibilidad de mentir al comunicarse solo a través de gestos. En la obra, se resalta que “las palabras se habían vuelto herméticas, ambiguas o vacías al perder su virginidad” (1979: 114). Por lo tanto, Jacinto decide inventar un nuevo lenguaje con el lema “Por la mudez a la paz”, apocopando las palabras ya que hablar implica cometer errores, de ahí, hablar menos significa cometer menos errores (1979: 102). Podríamos ver en esta vindicación de la mudez y del silencio una doble lectura, como en el caso de la metamorfosis de

Jacinto: si el lenguaje voluble creado por los humanos sirve para hacer daño, es mejor la mudez. También que las grafías son creaciones humanas que pueden confundirse –la O y el cero-, alterarse, que son dadas, aprendidas o impuestas y no naturales, como sí lo son los sonidos de la naturaleza que Delibes transcribe en las onomatopeyas. Desde una mirada ecocrítica nos planteamos este “pensar el lenguaje” de Delibes, a través de Jacinto, como una herramienta de reflexión para situarnos en el mundo dicotómico que hay en la novela de “entorno represivo versus naturaleza” y barajar la idea de que el lenguaje con el que nos comunicamos los humanos es algo ajeno a nosotros, que varía según el idioma, el contexto espacial y temporal, y que, aunque necesario para la comunicación, es una herramienta de manipulación. Por un lado, habría esa crítica a la “deshumanización del lenguaje” paralela a la paulatina abdicación de lo humano, resultado de una sociedad degradante, tal como lo advirtieron José Ortega y Gasset, y George Orwell. En la novela *Parábola del naufrago*, se dramatiza el cambio, mostrando las consecuencias de un proceso que se gesta lentamente en la sociedad contemporánea y que es mucho más evidente en la ficción que en la realidad. Delibes acelera este proceso al describir un momento avanzado del mismo (Gullón, 1980: 70).

Por otro lado, Jacinto recurre a la onomatopeya cuando la palabra no es suficiente; el narrador se comunica con el lector a través de la constante descripción de ruidos que superan a las palabras (tictaraack; ji-ji; aaah; booong; pssst). La novela nos permite pasar de la lectura visual al sonido, convirtiendo al lector en un protagonista que escucha o al menos siente la novela y su mensaje. Esta forma de narración es enriquecedora y transmite sensaciones que las palabras por sí solas no pueden alcanzar, y para expresarse mejor recurre a estas onomatopeyas. Los diferentes sentidos, además de la vista, intervienen en la obra. Así, si la degradación de la persona y del lenguaje van de la mano en el mundo tecnócrata y autoritario de la ciudad, si el lenguaje está asociado a lo racional y lo sociable, por el contrario, el sonido comunica lo salvaje y natural, lo degradado hasta la animalización del ser humano (Genaro se convierte en un perro y Jacinto termina la novela con un largo balido de cabra) que, como señalábamos en el punto anterior, tiene un aspecto negativo desde el punto de vista de los opresores, pero puede suponer para los oprimidos Jacinto y Genaro, una liberación de la cárcel del lenguaje humano que los oprimía y por el cual son degradados (la confusión de la O con el cero). En las novelas de Delibes, que tienen una mirada ecocrítica, el silencio del campo y la naturaleza tiene un matiz positivo frente al ruido, la incomunicación y la

mudez forzada por la soledad de las urbes. Así expresa: “si el mundo está sordo de nada vale dar voces” (1979: 194), sí puede optar al diálogo a través de otros lenguajes con otros seres de la naturaleza y hasta con el propio paisaje.

3. 3. La representación de la Naturaleza

La presencia de la naturaleza en la novela se describe de forma evocadora, esbozando la relación entre el hombre y su entorno con detalladas descripciones del paisaje natural. Estas descripciones permiten al lector visualizar con precisión el lugar descrito, con las diferentes tonalidades de color, la variedad de la vegetación y la presencia de elementos como el arroyo, las rocas y las ruinas, que en conjunto crean una imagen vívida y fascinante. El protagonista Jacinto encuentra alegría y felicidad en la naturaleza, sintiéndose en armonía con ella y experimentando sensaciones de bienestar que le permiten recuperar un estado de felicidad:

Bajo la flor, brotan las primeras hojas, minúsculas pero completas en su conformación. Mirar aquellas hojas le produce a Jacinto la misma perpleja emoción que mirar las uñitas de los dedos meñiques de los niños recién nacidos (1979: 81).

Por el contrario, para don Abdón, vinculado al consumismo y al progreso, la vuelta a la naturaleza es vista como una regresión a un estadio primitivo e incivilizado:

El momento de la regresión parecía llegado y, de este modo, al degradar a Genaro Martín no hacía sino facilitarle el retorno a formas humanas más elementales, o sea, al origen, o sea, al estado de la naturaleza, o sea, a la obiedad instintiva, o sea, por decirlo en una palabra, al estado de felicidad (1979: 67).

Las diferentes perspectivas de la naturaleza en relación con la felicidad se reflejan en los contrastes entre los personajes de la novela, ofreciendo al lector un análisis más profundo de las distintas visiones de la vida y del mundo. Mientras que para Jacinto la naturaleza representa una oportunidad para redescubrir las raíces primordiales del ser humano y una conexión con la esencia misma de la existencia, para el sistema opresivo

es vista como una renuncia a la modernidad y al progreso, simbolizando un retorno a una fase menos evolucionada de la humanidad. Delibes, por su parte, ya había criticado esta última concepción al sostener que “todo cuanto sea conservar el medio es progresar; todo lo que signifique alterarlo es retroceder” (1979: 12).

Jacinto es el único personaje de la novela que posee un profundo conocimiento del mundo natural, está en contacto con las plantas y comprende el mundo animal. Se desmarca del pensamiento común, regando las plantas a pesar de que se considera “tarea de señoritas” (1979: 51) y estableciendo contacto con seres no humanos. Cuando llega al lago del parque, donde se congregan cisnes, pavos reales, patos, palomas y gorriones, Jacinto emite:

Un silbido especial, bic-bimii-bic, y, en pocos segundos, se ve rodeado por toda la fauna de los alrededores. Su figura desmedrada resulta tan inocua que palomas y gorriones se encaraman sin recelo en su cabeza y sus hombros reclamando su ración y él sonríe (1979: 50).

Cuando Gen es asesinado por haber mordido a un niño, Jacinto siente la necesidad de socorrerlo, padeciendo el mismo sufrimiento que el perro Gen estaba sintiendo, recordándonos así el principio de compasión y empatía con otros seres, también no humanos, que es un eje del ecologismo y, sin duda, del ecofeminismo:

Puso su mano derecha en el costado de Gen y empezó a masajearlo enérgicamente, pero en cuanto sintió la respiración agitada y las convulsiones, levantó la cabeza de Gen y acercó su boca a la suya y sopló, sopló, inhaló, desesperado por no poder ayudarlo (1979: 123).

Al final, “al llenarse de la sangre de Gen, Jacinto se levantó escupiendo y limpiándose la boca con un pañuelo” (1979: 123), acusando al hortelano de no sentir remordimientos por haber matado a Gen.

Su interés por la flora y la fauna se refleja en su detallada observación de plantas y flores, revelando su familiaridad y pasión por el mundo natural. Su conexión con la naturaleza parece transformarlo, llevándolo a una contemplación silenciosa de la belleza y complejidad del entorno vegetal que lo rodea.

En contraposición a esta naturaleza que sigue su ritmo necesario para mantener el equilibrio del hombre, la naturaleza representada por el

“híbrido americano” que Jacinto tiene que cuidar por orden de don Abdón, se convierte en amenazadora y enemiga. Este híbrido tiene cualidades mágicas, ya que crece continuamente a pesar de haber sido sembrado recientemente y regado hace poco tiempo (1979: 76). Jacinto se ve atrapado en medio de este híbrido, que se convierte “en una barrera inexpugnable” (1979: 136) que le impide ver otros elementos característicos del entorno. La lucha contra el seto, “enemigo vegetal, impersonal e implacable, simboliza la condición del hombre que lucha por la libertad contra su propio miedo y contra enemigos impersonales, que vuelven al hombre en contra de sí mismo” (Pauk, 1975: 105).

Toda la afición botánica de Jacinto, que es mucha, se concentra ahora en las tenues ramas reptantes. Las rosetas foliares alumbran docenas de propágulos a manera de estolones cuya yemas espaciadas enralzan sólidamente entre las grietas de las losas. De ellas (de las yemas) brotan otras rosetas foliares que, a su vez, se prolongan en estolones, de tal manera que puede decirse que el seto camina, esto es, anda (1979: 126).

Y en efecto, aunque Jacinto utiliza tijeras, una sierra y un hacha para liberarse del seto, “introduce (Jacinto) las ramitas entre sus fuertes mandíbulas (las de las tijeras), ejerce una leve presión, suena un leve chasquido (crak) y el leve tallo salta al suelo desconectado, totalmente inofensivo” (1979: 129), demuestra que cualesquiera que sean los medios que el humano emplee, son ineficaces porque la naturaleza prevalece:

La retuerce enfurecido, la hace bascular de un lado a otro, tira de ella, la muerde con las tijeras, la mella con el serrucho, aprieta los dientes, reza jaculatorias, dice de nuevo, en un raptó de locura, con voz perfectamente audible, «Me cago en la madre que os parió a todas» (1979: 134).

Jacinto se encuentra inmerso en un mar de vegetación, donde “a veces, pierde pie, le falla el codillo o la horqueta y nuevamente se sumerge en aquel mar vegetal y nota que se asfixia y bracea y gime hasta que torna a salir a flote y entonces suspira profundamente” (1979: 150). Esta situación pone de manifiesto la falacia de la mentalidad capitalista de la época y la concepción del hombre como soberano del mundo natural. Según Delibes, la intervención humana altera y destruye la naturaleza, convirtiendo al hombre en animal. Al final, Jacinto se siente dominado y “suicidado” (1979: 227) por esta fuerza natural que le arrastra hacia su destino.

Delibes parece atacar de esta forma el peligro de la manipulación humana de la naturaleza, tal y como los movimientos ecologista y ecofeminista critican duramente la manipulación genética de las semillas por parte de las multinacionales. Esta práctica es responsable de la desaparición de muchas variedades vegetales y del cultivo a pequeña escala, con las consecuentes catástrofes económicas, sociales y medioambientales que a día de hoy ya estamos viendo. En la época en la que se escribe *Parábola de un naufrago*, Delibes ya vislumbra esta catástrofe a causa de la destrucción y la manipulación ambiental en una sociedad cada vez más masificada, en la que no existe una ética ambiental y la única manera de preservar lo que se debe proteger es a través del miedo al castigo.

CONCLUSIONES

En conclusión, *Parábola del naufrago* de Miguel Delibes es una crítica profunda al sistema capitalista y al progreso desenfrenado que lleva a la alienación y deshumanización del individuo. A través de la figura de Jacinto, el autor nos muestra cómo el dominio de la tecnología y la imposición de un sistema de opresión destruyen la comunicación, la libertad y la esencia humana. La naturaleza, por su parte, se convierte en un símbolo de libertad, paz y encuentro con la propia esencia a la vez que una resistencia y amenaza, a través de la lucha del personaje contra un entorno que se rebela ante su explotación y destrucción.

Aunque la narrativa de Delibes sí tiene una mirada ecocrítica, pues sus textos literarios son espacio de “sabiduría ecológica” que plantea implicaciones y actitudes alternativas, no podemos decir, sin embargo, que tenga una perspectiva ecofeminista. No hay un enfoque claro de género ni en el lenguaje usado, pues, por ejemplo, utiliza el sustantivo “hombre” para nombrar a toda la humanidad, o en representar cómo este progreso afecta de forma diferente a hombres y a mujeres. En esta novela, además, la presencia de personajes femeninos es casi nula, y se ciñe a personajes secundarios. A pesar de su defensa de la naturaleza, Delibes presenta una visión antropocéntrica del mundo que, sobre todo los últimos planteamientos ecofeministas critican, pues tienden a posicionamientos antiespecistas. Sin embargo, Delibes sí coincide con algunas premisas ecofeministas en su feroz crítica a la noción de progreso occidental y su explotación desmedida de recursos naturales y a sus nefastas consecuencias para el medio ambiente y el ser humano, así como en la

crítica a las dicotomías reduccionistas en las que está basada la razón instrumental. También podemos destacar la importancia que Delibes da en esta obra, a través de Jacinto a los cuidados, de los demás y de la naturaleza, algo que también vemos en otras obras suyas. La ética de los cuidados es un eje central de la filosofía y el activismo ecofeminista. El cuidado frente a la explotación desmedida y suicida de los recursos humanos y naturales y además, como base invisibilizada sobre la que se sustenta la economía. También podríamos establecer un vínculo entre la obra de Delibes y dos conceptos que ya hemos señalado como centrales en el ecofeminismo: la ecodependencia y la interdependencia. Delibes, a través de sus personajes rurales o como explica abiertamente en su discurso, sabe que como seres vivos los humanos dependemos de la naturaleza y de los otros seres humanos, así como de otras especies.

Delibes nos invita a reflexionar sobre la importancia de preservar la naturaleza y de buscar un equilibrio entre el progreso y la armonía con el medio ambiente. A través de su obra, nos invita a rechazar la opresión y a luchar por nuestra libertad y dignidad como seres humanos. Su crítica ecologista y su llamado a la conciencia moral nos recuerdan la necesidad de actuar de manera ética y responsable para proteger nuestro planeta y garantizar un futuro sostenible para las generaciones venideras.

BIBLIOGRAFÍA

Alcalá Vique, Antonio José (1997), *La idea de progreso en la novela de Miguel Delibes*.

Amorós, Celia (1991), *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos.

Calvo Muñoz, Salvador (2017), “Caza y literatura. Miguel Delibes, escritor cinegético”, *Revista del Seminario de Estudios Cacereños*, 86, pp. 27-48.

Cárdenas, Violeta (2014), “Miguel Delibes y su crítica al progreso”, *Siglo XXI, literatura y cultura españolas: revista de la Cátedra Miguel Delibes*, 12, pp. 105-121.

Carson, Rachel (1962), *Silent Spring*, United States, Houghton Mifflin.

- Celma Valero, María Pilar (2012), “El simbolismo del espacio en «Parábola del naufrago», de Miguel Delibes”, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-simbolismo-del-espacio-en-parabola-del-naufrago-de-miguel-delibes/html/be181ee8-c0ec-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html#I_0_.
- Chen, Chaohui (2021), “El destino y el camino: un análisis comparativo de la naturaleza/el mundo rural en las novelas de Miguel Delibes y Mo Yan”, *Castilla. Estudios de Literatura*, pp. 101-120.
- D’Eauboune, Françoise (1974), *Le Féminisme ou la mort*, Paris, P. Horay.
- Delibes, Miguel (1975), *El sentido del progreso desde mi obra*, Madrid, Real Academia Española.
- Delibes, Miguel (1979), *Un mundo que agoniza*, Barcelona, Plaza & Janes.
- Delibes, Miguel (2003), *El disputado voto del señor Cayo* [1978], Barcelona, Destino.
- Delibes, Miguel (2004), *Las ratas* [1962], Barcelona, Destino.
- Delibes, Miguel (2019), *Parábola del naufrago* [1969], Barcelona, Destino.
- Fernández Bernárdez, Cristina (1992), “Una parábola de la postmodernidad: la ficción postmoderna en Parábola del naufrago de Miguel Delibes”, en José Angel Fernández Roca, Carlos J. Gómez Blanco, José-María Paz-Gago (ed.), *Semiótica y modernidad, Actas del V Congreso internacional de la Asociación Española de Semiótica*, Universidade da Coruña, pp. 149-160.
- Flys Junquera, Carmen (2015), “Ecocrítica y ecofeminismo: diálogo entre la filosofía y la crítica literaria”, en Alicia Puleo (ed.), *Ecología y género en diálogo interdisciplinar*, Madrid, Plaza y Valdés, pp. 307-320.

- Glottfety, Cheryll (1996), *The Ecocriticism Reader*, Athens, University of Georgia Press.
- Gullón, Agnés (1980), *La novela experimental de Miguel Delibes*, Madrid, Taurus.
- Herrero, Fermín (2021), “Introducción” a Miguel Delibes, *Un mundo que agoniza*, Madrid, Editorial Páramo.
- Herrero, Yayo (2015), “Apuntes introductorios sobre el ecofeminismo”, *Boletín electrónico de Hegoa*, 43, pp. 1-12.
- López Gutiérrez, Luciano (2020), “Naturaleza y ruralismos en Delibes”, *Revista de folklore*, 464, pp. 110-125.
- Lorenzo-Modia, Marí (2023), Introducción ao monográfico: “Dos feminismo(s) aos ecofeminismo(s): Análises literarias e culturais”, *Atlánticas. Revista Internacional de Estudos Feministas*, 8(1), pp. 1-16, <https://doi.org/10.17979/arief.2023.8.1.9439>
- Marrero Henríquez, José Manuel (2010), “Ecocrítica e hispanismo”, en Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez, Julia Barella Vigal, (ed.), *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 193-219.
- Mies, Maria y Vandana Shiva (2014), *Ecofeminismo*, Barcelona, Icaria.
- Paredes, Jorge y Benjamin McLean (2000), “Hacia una tipología de la literatura ecológica en español”, *Ixquic*, II, pp. 1-37.
- Pascual Rodríguez, Marta y Yayo Herrero López (2010), “Ecofeminismo una propuesta para repensar el presente y construir el futuro”, *Cip Ecosocial*, 10, pp. 1-9.
- Pauk, Edgar (1975), *Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974)*, Madrid, Editorial Gredos.
- Plumwood, Val (1993), *Feminism and the Mastery of Nature*, London-New York, Routledge.

- Plumwood, Val (2002), *Environmental Culture. The Ecological Crisis of Reason*, London and New York, Routledge.
- Puleo García, Alicia H. (2017), “¿Qué es el ecofeminismo?” *Quaderns de la Mediterrània*, 25, pp. 210-214.
- Puleo García, Alicia H. (2018), *Ecofeminismo para otro mundo posible* (6ª ed.), Madrid, Editorial Cátedra.
- Puleo García, Alicia. H. (2019), *Claves ecofeministas. Para rebeldes que aman la Tierra y a los animales* (3ª ed.), Madrid, Plaza y Valdés Editores.
- Rodríguez Elcorobarrutia, Alberto (2020), “Miguel Delibes desde la ecocrítica: naturaleza y ser humano en su obra narrativa y ensayística”, *Ínsula*, 877-878, pp. 35-39.
- Serna, Ricardo (2001), “Miguel Delibes, un modelo de escritura. Remembranza distendida de Parábola del naufrago”, *Cuadernos de Aragón*, 28, pp. 499-529.
- Velasco Sesma, Angélica (2017), *La ética animal: ¿una cuestión feminista?*, Madrid, Cátedra.
- Zabía Lasala, Cuca (1999), *Las voces y los ecos de Miguel Delibes. Seis notas de lectura literaria de Parábola del naufrago*, Valladolid, Junta de Castilla y León.